

Una arqueología profesional y tecnificada también puede ser hermenéutica y crítica

A professional and technical archaeology may be too hermeneutic and critical

Víctor M. FERNÁNDEZ MARTÍNEZ

Departamento de Prehistoria. Universidad Complutense. Profesor Aranguren s/n, E-28040 Madrid
victormf@ghis.ucm.es

El elaborado trabajo del Dr. Ruiz Zapatero al que intentan contestar estas líneas nos presenta un panorama muy preciso de la situación actual de la arqueología desde el punto de vista de su enseñanza universitaria: como la mayoría de los textos, contiene elementos descriptivos (lo que hay) y prescriptivos (lo que debería haber). Los primeros hundidos sus raíces en nuestro pasado, y como cualquier conocedor de nuestra historia sabe, el desarrollo temporal de la arqueología es un camino que conduce del amateurismo a la profesionalización. Es una ruta muy larga y su fin no parece estar todavía a la vista. Al contrario que las dos disciplinas que nos son más próximas, la historia y la antropología, la nuestra sigue contando con elementos de gusto popular y una masa de “aficionados” a nuestro alrededor que lejos de ponernos contentos más bien nos preocupa. Como se ha señalado, la arqueología empezó siendo un pasatiempo de la aristocracia, a la que le gustaba coleccionar objetos antiguos valiosos, que solo cuando la burguesía le arrebató el poder político apoyándose ideológicamente en los sentimientos nacionalistas de la Europa del siglo XIX se empezó a convertir en un asunto “serio”. Pero todavía existen muchos elementos de la etapa anticuarista en nuestra conciencia colectiva, e incluso el nombre de “anticuario” se utiliza esporádicamente para designarnos.

Como se ve en el texto de Ruiz Zapatero, es del área anglosajona desde donde vienen hoy todos los “adelantos” que consideramos necesario introducir entre nosotros. La razón de esta hegemonía quizás no esté tanto en que allí se trabajó más el tema co-

mo en que el idioma inglés se ha convertido en lengua franca de la ciencia y todo lo que no se expresa en esa confusa jerga nórdico-latina queda sepultado en el olvido. Todos conocemos el caso de Mendel, que formuló sus famosas leyes genéticas, sin las que todo el edificio teórico de la evolución no tiene sentido, en idioma alemán y por tan tonto detalle la biología moderna sufrió un retraso de casi medio siglo.

Pero la supremacía del inglés no es una simple cuestión lingüística: su expansión está hoy ligada al triunfo absoluto del capitalismo y la consiguiente implantación de una forma de vida y unas concepciones del mundo acordes. Ellas son sin duda el individualismo, la mercantilización de las relaciones sociales, el ocultamiento de la historia, etc., pero también un aspecto que afecta en mucho a la cuestión que aquí tratamos: la tecnificación de la realidad. Todo empieza a medirse en términos de eficacia, de aprovechamiento máximo de los recursos, de aplicación generalizada de los avances científicos...

De aquí que en el trabajo que comentamos se insista tanto en formar a los arqueólogos para que puedan realizar unas tareas concretas de la mejor forma posible, es decir, para que se conviertan en “especialistas”. Vivimos en la época de los especialistas, desde el electricista al economista, y los arqueólogos no íbamos a ser menos. En nuestro campo esto lo vemos claramente cuando tratamos con nuestros compañeros científicos: el arqueobotánico sabe de plantas, el arqueozoólogo sabe de huesos, y no se les puede preguntar por otra cosa, pues en

ese absurdo de renunciar a opinar sobre todo lo demás radica su gran mérito, ése que nosotros enviábamos en secreto.

Personalmente considero el acercamiento a las ciencias físico-naturales y la interdisciplinariedad actuales de la arqueología como el mayor avance ocurrido a lo largo de su historia. No obstante, no me gusta que el prestigio de las ciencias duras acabe imponiendo entre los arqueólogos esa visión exclusivamente positivista de la realidad del pasado, y que nosotros también aspiremos a saber únicamente de raederas musterienses o formas de *Terra Sigillata*. Porque la cosa tiene su atractivo: si eres el mejor en un determinado tema, el triunfo está asegurado: conferencias, invitaciones, citas en las publicaciones, etc. Por otro lado, el mucho tiempo que necesitamos para describir nuestros hallazgos –y que provoca que tantas investigaciones se queden sencillamente sin publicar– hace que tantas veces una vez culminado ese trabajo, listados y dibujados los objetos y las estructuras, colocadas acertadamente en el tiempo cronológico lineal y comparadas con las de otros lugares semejantes, suspiramos aliviados y demos por cumplida nuestra misión mientras nos limpiamos el sudor de la frente.

Pero también es algo claro que los arqueólogos somos una parte del tronco que se dedica a *interpretar* el pasado, cuyo conjunto lo constituyen las disciplinas históricas, y que entender los múltiples aspectos de las sociedades humanas de cualquier época exige aventurarse más allá de una pura relación de objetos y fechas. El riesgo inherente a esta opción suele ser la coartada a que se acogen quienes temen adentrarse en ella: más vale moverse sobre terreno seguro. También es lo que hace que en los textos de interpretación aparezcan sin cesar los calificativos retóricos de “quizás”, “podría ser”, “suponiendo que”, etc. Pero es posible que muchos de los que rechazan este camino desconozcan su principal peligro: para interpretar y entender lo que pasó es necesario adoptar una postura teórica, y resulta que existen unas cuantas y en ningún sitio se nos asegura cuál de ellas es “objetivamente” mejor. Si los arqueólogos queremos ser también historiadores, o antropólogos del pasado, deberemos aceptar que ningún objeto es lo que parece, que existen variados significados sociales en los mismos que sólo se pueden desentrañar –de forma hermenéutica, algo muy diferente de cuando “se demuestra” algo científicamente– desde una postura teórica de la cual tenemos que ser bien conscien-

tes. El hecho de que en nuestra práctica investigadora usemos una mezcla de teorías (casi como si escogiéramos un utensilio de una caja de herramientas, o como la famosa labor de “bordado” de Levi-Strauss), sin ser casi nunca consciente de ello, no desmiente el hecho anterior y sólo prueba nuestra falta de rigor (quizás inevitable) y que ninguna teoría social agota las posibilidades de lo real y por ello no puede nunca explicarlo todo.

Por todo lo dicho me alegra ver que en el modelo general propuesto por Ruiz Zapatero se presente a la teoría arqueológica como una parte fundamental de la formación universitaria en arqueología, y también que el dominio de la expresión, tanto oral como sobre todo escrita, sea un elemento imprescindible de los currículos que se proponen. Esto último es importante también como afirmación de identidad propia frente a la progresiva tecnificación que antes criticaba: nosotros no utilizamos lenguajes formales, aunque naturalmente tampoco los despreciemos, ni neguemos su mayor poder predictivo, simplemente construimos discursos específicos, cada vez con una mayor riqueza de contenido y poder interpretativo, que elaboramos de forma independiente de aquéllos. Sobre los cursos de teoría arqueológica, yo añadiría que no se olvidara un punto que considero fundamental, esto es la responsabilidad social de los arqueólogos: no sólo frente a las constantes amenazas al patrimonio histórico por las indeseadas consecuencias del progreso económico, sino frente a otros aspectos más generales en que como simples ciudadanos no debemos abdicar de la denuncia, y que desde nuestra posición privilegiada como técnicos podemos abordar mejor que la mayoría de la población, como son la especulación inmobiliaria o los atentados ecológicos que a menudo aparecen ligados al ejercicio de nuestra actividad.

Tampoco se deberían olvidar los nuevos caminos teóricos abiertos en los últimos años, que vienen a ampliar aún más las posibilidades de entender clases concretas de restos del pasado. Aunque a más de uno le pueda asustar tan gran variación, se puede recordar que la ciencia siempre ha avanzado proponiendo cosas nuevas, tanto en los datos como en las teorías, y que las nuevas generaciones de investigadores tienden a oponerse naturalmente a las antiguas presentando interpretaciones que en ocasiones pueden llegar a parecer ataques personales a las de sus mayores. Corresponde a los investigadores de más edad y experiencia imponerse a sí mis-

mos una postura de generosidad y apertura hacia todo lo nuevo, pues sólo así nuestra ciencia, como cualquier otra, podrá seguir ampliando sus puntos de mira sobre la realidad. Y toca a la universidad, una institución que por esencia debería ser lo más abierta y universal posible (aunque tantas veces comprobemos tristemente lo contrario), esforzarse por enseñar en sus programas todas las novedades

posibles. Por todo ello, los cursos universitarios de arqueología actuales deben contemplar la enseñanza de enfoques recientes y a muchos todavía pueden parecer “raros”: arqueología de la infancia, arqueología *queer* (gay-lesbiana), arqueología del cuerpo, arqueología fenomenológica, arqueología poscolonial, arqueología simétrica, arqueología cosmopolita, arqueología de la agencia, etc.